

CRISTINA ALGER

RELACIONES PELIGROSAS



«UNA EXCELENTE NOVELA POLICÍACA,
ABSOLUTAMENTE RECOMENDABLE.» BOOKLIST

«UN FINAL EXPLOSIVO.» PUBLISHERS WEEKLY

La agente del FBI Nell Flynn no ha regresado a casa en diez años. Nunca tuvo mucha relación con su padre, el detective de homicidios Martin Flynn, y el condado de Suffolk siempre estará inundado de recuerdos de su madre, quien fue brutalmente asesinada cuando ella tenía solo siete años.

Cuando su padre fallece en un accidente, Nell regresa a la casa donde creció y a instancias del compañero de su padre, el detective Lee Davis, acaba involucrándose en una investigación sobre los asesinatos de dos mujeres en Suffolk. Cuanto más profundiza, más probable le parece que su padre sea el principal sospechoso y que sus amigos en la fuerza policial estén cubriendo sus huellas.

Índice de contenido

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Para mi hija. Para todas las chicas

Su deseo de establecer un nuevo comienzo en la cadena de acontecimientos a los que pertenecía se topó con la misma dificultad de siempre: el hecho de que todo el mundo tiene un padre, que nada surge de la nada y es su propia causa, sino que todo el mundo es engendrado y señala hacia atrás, hacia las profundidades más profundas de los comienzos, los fondos y los abismos del pozo del pasado.

THOMAS MANN

1

Esparcimos las cenizas de mi padre cerca de la costa de Long Island el último martes de septiembre.

Cuatro de nosotros nos embarcamos en el bote pesquero de Glenn Dorsey con una nevera portátil llena de Guinness y una urna. Nos dirigimos al este, hacia Orient Point, donde papá y Dorsey pasaban los sábados pescando atún blanco y lubina. Echamos el ancla al llegar a una zona tranquila de Orient Shoal. Dorsey suelta un breve discurso sobre la lealtad de papá: a su país, a su comunidad, a sus amigos, a su familia. Me pregunta si quiero decir algo. Niego con un cabeceo. Sé que todos piensan que estoy a punto de echarme a llorar. Lo cierto es que no tengo nada que decir. Llevaba años sin ver a mi padre. No estoy triste, sino más bien aturdida.

Cuando Dorsey termina su discurso, inclinamos la cabeza y guardamos un minuto de silencio en señal de respeto. Ron Anastas, agente de Homicidios del Departamento de Policía del condado de Suffolk, apenas puede contener las lágrimas. Vince DaSilva, el primer compañero de papá, se santigua murmurando algo sobre el Espíritu Santo. Los tres acuden a misa todos los domingos en la iglesia de St. Agnes, en Yaphank. Al menos en su día lo hacían. Nosotros también íbamos. A excepción de algunas bodas, no piso una iglesia desde que me marché de la isla hace diez años. Me alegro de haber salido hoy. En aquella iglesia, el aire siempre parecía estancado y resultaba asfixiante, incluso cuando aflojaba el calor del verano. Aún me parece oír el zumbido del viejo ventilador en la parte trasera y sentir el

billete de dólar para el cepillo arrugado contra la sudorosa palma de la mano. Me estremezco solo de pensarlo.

Hace un día tranquilo. Dicen que se avecina una tormenta, pero, por ahora, el cielo está totalmente despejado. Dorsey alarga el silencio durante más tiempo del necesario. Tiene las manos juntas ante él y mueve los labios como si estuviera rezando. Los chicos empiezan a impacientarse. Vince se aclara la garganta. Ron no deja de trasladar el peso del cuerpo de un pie al otro. Ha llegado la hora. Dorsey levanta la vista y me entrega la urna. La abro. Los hombres observan mientras el viento se lleva las cenizas de mi padre.

El funeral es lo que él habría querido, o eso creo. Breve y dulce. Sin apenas parafernalia. Está en el agua, el único lugar en el que parecía sentirse en paz. En misa, papá nunca se estaba quieto, parecía un crío. Nos sentábamos en la parte de atrás para poder escabullirnos antes de la comunión. Papá decía que detestaba el sabor de las obleas rancias y del vino malo. Incluso entonces, yo sabía que mentía. Simplemente no quería confesarse.

Cuando terminamos, Dorsey nos pasa una Guinness a cada uno y brindamos. «Por Martin Daniel Flynn, que se ha ido demasiado pronto». Papá acababa de cumplir cincuenta y dos años cuando su moto derrapó cerca de la autopista Mountauk. Eran las dos de la madrugada. Supongo que había bebido bastante, aunque nadie se atrevía a mencionarlo. De todos modos, ya no tenía sentido buscar culpables. Según Dorsey, las ruedas de la moto estaban gastadas, la carretera estaba mojada y la niebla dificultaba la visibilidad. Punto.

En este grupo, lo que Dorsey dice va a misa. De los cuatro, él fue el que más rápido ascendió. Fue el primero en conseguir el escudo dorado. Después, no tardó en disponerlo todo para que papá y Ron Anastas dejaran de ser policías de paisano y los metió en Homicidios. Cuando lo nombraron jefe de policía, Dorsey se aseguró de que as-

cendieran a Vince DaSilva a inspector del Tercero. El Tercer Distrito del condado de Suffolk abarca algunas de las zonas más peligrosas de la isla: Bay Shore, Brentwood, Bridgewater o Islip. Ahí es donde los cuatro hombres pasaron sus primeros años juntos como agentes. También es donde mi padre conoció a mi madre, Marisol Reyes Flynn. Papá siempre decía que el Tercero era una zona de guerra. Y lo era, especialmente para él.

Papá y Dorsey se conocían de mucho antes. Nuestras familias vivían en el condado de Suffolk desde hacía tres generaciones. Y, antes de eso, vinimos de Schull, un pequeño pueblo situado en la escarpada costa sudoccidental de Irlanda. Solían bromear con que tal vez tuviéramos algún antepasado común en nuestro árbol genealógico. Desde luego, ellos parecían familia. Ambos eran altos y de cabello oscuro, con los ojos verdes, facciones marcadas y semblante inquisitivo. Mi padre llevó siempre el pelo con un corte militar. Con el paso de los años, Dorsey se ha ido dejando bigote, patillas y el pelo algo largo. Pero, cuando lo lleva corto, como ahora, quien lo viera a lo lejos podría confundirlo con mi padre.

Lanzamos algunos sedales y los chicos cuentan anécdotas sobre aquellos primeros días en el Tercer Distrito. Como policías de paisano, acudían a trabajar llevando zapatillas Vans y camisetas de Led Zeppelin. Fueron días gloriosos. No se afeitaban. Si habían bebido demasiado la noche anterior, no se duchaban. Recién salidos de la cama, se metían en sus coches camuflados llenos de abolladuras y comenzaban a buscar follón. No tenían que buscar demasiado. En el Tercero, las bandas eran, y son, algo muy común. El índice de crímenes violentos es elevado; hay drogas por todas partes. A pesar de lo rico que es el condado de Suffolk, casi la mitad del Tercer Distrito vive en el umbral o justo por encima del umbral de la pobreza. Papá decía que no había mejor campo de entrenamiento para un policía que el Tercer Distrito. Casi toda la plana mayor del Depar-

tamento de Policía del condado de Suffolk había pasado por el Tercero.

Dorsey señala que papá era el poli más duro del Tercero, y el mejor profesor que un agente nuevo pudiera desear. Los chicos asienten. Tal vez fuera verdad. Papá tenía un sentido del bien y del mal inquebrantable, casi evangélico. Pero había contradicciones. Le asqueaban las drogas, pero no le importaba macerar el hígado en *whisky*. Parte de su día a día consistía en dismantelar timbas ilegales, pero todos los meses organizaba una partida de póquer mensual a la que acudían abogados del distrito y algunos jueces bien conocidos por toda la isla. Les profesaba un odio especial a los maltratadores de mujeres y de niños, pero una vez vi cómo le daba a mi madre tal bofetón que le dejó la mano marcada en la cara. Papá tenía su propio código. Aprendí desde muy pequeña a no cuestionarlo. Al menos, no en voz alta.

La justicia que impartía era implacable. Te enseñaba lecciones difíciles de olvidar. La anécdota favorita de Dorsey sobre él está relacionada con aquella ocasión en la que hizo que Anastas se tumbase en una camilla cubierto con una sábana en la sala de autopsias. Había un novato recién salido de la academia apellidado Rossi. Su padre era juez, y el tal Rossi creía que eso lo convertía en alguien importante. Le gustaba ir a trabajar con ropa de marca, Armani y Hugo Boss, lo cual irritaba a mi padre. Aquel día, llevó a Rossi a la sala de autopsias y le pidió que retirase la sábana. Anastas se incorporó gritando y Rossi se meó, literalmente, en sus pantalones de seiscientos dólares. Después de eso, empezó a comprar la ropa en JCPenney como todos los demás.

Dorsey ha contado esta anécdota cientos de veces, pero lo hace de nuevo, y todos reímos como si la escuchásemos por primera vez. Es reconfortante recordar a mi padre como alguien divertido, porque lo era, podía ser muy divertido. Podía pasarse toda la noche callado y de repente salir con el comentario mordaz perfecto. Dorsey y yo intercam-

biamos sonrisas. Asiento, agradecida. Así es como quiero recordar a papá hoy. No por su temperamento, ni por su tristeza, y, desde luego, no por el alcohol que al final nos lo había arrebatado en un tramo tranquilo de una carretera mojada a primeras horas de la madrugada.

Al final, el sol empieza a ocultarse en el horizonte y el cielo se torna de un color azul ciruela eléctrico. Dorsey decide que ha llegado la hora de volver a casa. Superamos con creces la cuota de lubina permitida, pero con tres policías a bordo (y de manera muy especial estos tres policías que, al igual que mi padre, nacieron, crecieron y probablemente morirán entre las fronteras del condado) nadie va a decir ni mu sobre las cuotas de capturas pesqueras. Estos hombres, especialmente Dorsey, son lo más parecido que tiene Hampton Bays a unos héroes locales.

Los chicos van muy borrachos. Gritan y se repiten sin parar. Me dan unos abrazos de oso en el aparcamiento, pero no una ni dos, sino tres veces. Anastas me invita a cenar a su casa, pero me excuso alegando que estoy cansada y que necesito estar sola para desahogarme. Parece aliviado. Ron tiene una esposa, Shelley, y tres hijos; lo que menos necesita es tener a una chica triste de veintiocho años deambulando por su casa. DaSilva se está divorciando; supongo que se irá directo a un bar en cuanto hayamos terminado aquí.

Tras otra ronda de chistes, Anastas y DaSilva se van dando tumbos en direcciones opuestas. Ambos conducen monovolúmenes, coches diseñados para llevar sillitas de bebé y palos de lacrosse y para compartir vehículo. Dorsey señala la Harley-Davidson plateada con la que he venido hasta aquí. Era la favorita de mi padre. La compró por muy poco dinero hace años y la fue restaurando poco a poco. Tenía cuatro motos antes del accidente. Ahora supongo que solo quedan tres. Sus niñas, las llamaba. Todas ellas meticulosamente restauradas y cuidadas, se comían todo su tiempo libre como pollitos hambrientos.

—Bonita máquina —dice, y me rodea los hombros y me abraza con cariño paternal.

Dorsey se casó con su novia del instituto. La perdió en un accidente de coche pocos años después y ya no volvió a casarse ni tuvo hijos. Papá quiso que fuera mi padrino, cometido que se tomó muy en serio. Mis cuatro abuelos han fallecido. Mis dos padres eran, como yo, hijos únicos. Supongo que Dorsey es lo más parecido a una familia que me queda. Siento una punzada de tristeza. Ojalá tuviésemos más trato.

—Sí —afirmo, y apoyo la cabeza en su brazo—. Es una moto muy bonita. Echo de menos montar.

—¿No tienes una en el D. C.?

—No estoy allí el tiempo suficiente como para cuidarla como se merece.

—Te desplazas con cada caso, ¿eh?

—Soy un hacha haciendo maletas. Vivo con lo que me quepa en ellas desde que salí de la academia.

—Tu padre era igual. Creo que por eso le gustaba tanto ir de *camping*.

—Me enseñó bien.

Doy un paso hacia la moto.

—¿Seguro que estás lo suficientemente despejada como para conducir maquinaria pesada? Si no, puedo acercarte a casa.

—No te preocupes por mí.

—¿Y si la carretera está mojada?

—Estoy bien, en serio.

Sé lo que está pensando. Él está ebrio, y yo he bebido lo suficiente como para superar el límite permitido, pero tengo mucho aguante y, a diferencia de mi padre, sé cuándo parar. Nunca he bebido como bebía él, sobrepasando con creces el punto en que se pierde la dignidad. Al menos, no en público. Como muchos agentes, si tengo que beber lo hago en la intimidad de mi casa.

—Sabes que siempre he querido conducir esta moto. —
Sonríó para relajar el ambiente—. Papá me hacía trabajar
en ella los fines de semana, pero no me atrevía a pedirle
que me dejara probarla.

Ambos nos echamos a reír.

—Marty adoraba sus motos.

—¡Y tanto! En caso de incendio, estoy segura de que
primero las habría salvado a ellas y después habría vuelto a
por mí.

—No digas eso. —Dorsey niega con tono reprobatorio
—. Tu padre te quería más de lo que te imaginas.

—¿Sabes qué fue de su moto? Me refiero a la que con-
ducía aquel día.

Llevo tiempo queriendo preguntarlo, pero no había en-
contrado el momento adecuado. Puede que parezca frívolo
pensar en eso justo cuando acabo de perder a mi padre y
tal. Pero es uno de los muchos cabos sueltos que necesito
atar antes de marcharme del condado de Suffolk para siem-
pre.

Dorsey frunce el ceño, pensativo.

—La llevaron al depósito. Supongo que seguirá allí.
Puedo comprobarlo.

—¿No fue al laboratorio de Criminalística?

—No. Estaba bastante claro que había sido un acciden-
te. Yo mismo firmé el permiso para que la llevaran allí. La
verdad es que ni me planteé que te la hicieran llegar. Ahora
no es más que un amasijo de metal. —Hace una mueca de
dolor al darse cuenta de cómo suena eso—. Lo siento, me
refería a que...

—Lo sé. No pasa nada. Entonces, ¿la recojo en el depó-
sito?

—Puedo pedirles que la lleven al desguace por ti, si
quieres. Por ahorrarte el tiempo.

—No, tranquilo. Prefiero hacerlo yo.

—Está bastante hecha polvo. No sé si es bueno que
veas algo así.

—Ya soy mayorcita, Glenn. He visto lo que pasa en un accidente mortal.

—Ya lo sé. Pero es diferente cuando se trata de un familiar.

Dorsey aparta la mirada. Tiene los ojos anegados de lágrimas.

Asiento, sopesándolo.

—Tienes razón. Llamaré al depósito mañana mismo. ¿Aún lo lleva Cole Haines?

—Sí. Él se encargará. Mañana te llamo para ver cómo estás. —Observa cómo me subo a la moto—. Oye, ¿has hablado con Howie Kidd?

—¿El abogado de papá? Sí. Va a pasarse mañana para algo de la herencia. Gracias por recordármelo. Lo había olvidado.

—¿Quieres que vaya? Puedo hacerte compañía y ayudarte con el papeleo.

—No, no. Gracias. Será todo muy sencillo.

—Como quieras. Bueno, llámame si necesitas algo. Esas cosas pueden ser muy agobiantes.

—Gracias, Glenn. Por todo.

Se lleva dos dedos a la sien a modo de saludo y empieza a alejarse.

Enciendo el motor, y Dorsey se vuelve y me ofrece una última, aunque triste, sonrisa.

—Eh, cielo.

—¿Qué?

—Te quiero.

—Yo también te quiero —respondo con voz ronca.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que le dije esas palabras a alguien.

Salgo del aparcamiento antes que Dorsey. Es agradable moverse después de pasar tantas horas en el barco. El aire frío me devuelve la vida. Conduzco por la autopista de Sunrise, atravieso el puente de Ponquogue y me detengo en la vivienda que se encuentra al final de Dune Road.

Ahora es mi casa, aunque me cuesta verla de ese modo. No lo será por mucho tiempo. Tengo que venderla. Está fuera de mis posibilidades. Y, aunque no lo estuviera, carece de sentido que la conserve. Llevo seis años sin coger vacaciones. ¿De qué me sirve tener una casa vieja al sur de Long Island, en un condado que alberga buenos y malos recuerdos por igual?

Mi abuelo, Darragh Flynn, a quien llamaba yayo, la construyó en los años cincuenta, cuando el sueldo de un policía aún daba para comprar un trozo de tierra con vistas a la bahía. Unas vistas como estas cuestan ahora medio millón de dólares, puede que más. La casa tiene tanto encanto y espacio como una caravana. Sé que a quienquiera que la compre solo le interesará el terreno que tiene debajo. Es una caja pequeña y maltratada por las inclemencias del tiempo, con descoloridas tejas de madera y puertas correderas baratas. No obstante, posee cierto encanto. Tiene una terraza de madera con vistas a la bahía de Shinnecock al norte y a grandes extensiones de hierba a ambos lados. Me repatea la idea de que alguien pueda estropear este trozo de marisma con la única finalidad de tener una mansión con piscina y pista de tenis. Sé que mi padre opinaría lo mismo.

Llegué aquí hace poco más de una semana, después de que Dorsey me llamara para informarme de lo de papá. No me he planteado ninguna fecha de regreso. Ahora mismo no tengo ningún trabajo al que volver. Vivo en un pequeño apartamento sin ascensor en Georgetown que no echo de menos, con un aparato de aire acondicionado poco fiable que me deja charcos en el suelo de la cocina y un olor a curry constante que sube del establecimiento indio del bajo. Mis vecinos son estudiantes de posgrado con tendencia a fumar hierba y escuchar música electrónica después de medianoche. A veces los oigo discutir o hacer el amor y, cuando ponen música, mis paredes vibran. En ocasiones me dan ganas de quejarme, pero nunca lo hago. De todos modos,